

misterio, y daba la imágen de una aparicion más que humana.

Calló la multitud, en efecto, un momento, como oprimida por sentimiento de maravilla y temor; despues rompió á coro en grito sonoro, interminable, frenético, en estallido formidable de entusiasmo y gozo, tendiendo furiosamente sus mil brazos desde la plaza, pórticos y ventanas; y una lluvia de flores y coronas cayó sobre el pálido, los caballos, los nobles, los guardias y la nieve, obligando al cortejo á detenerse, como caravana sorprendida por el huracán. Manuel Filiberto permaneció inmóvil por algunos momentos, para esperar el fin de la gritería. Todas las miradas convergieron en su cara. Él no dió otra señal de emocionarse que una instantánea dilatacion de los ojos. Despues se puso de nuevo en camino.

\*  
\*  
\*

Acercábase al punto donde la calle de la Catedral desemboca en la plaza.

Evelina, clavada, muda, fascinada no apartaba los ojos de aquella cara. El cortejo enorme y extraño venía detrás silenciosamente: el Obispo de Venza, gran limosnero, á caballo junto al gran Canciller conde de Stroppiana; el Presidente del Senado de Turin, el gran escudero, rodeados y seguidos por gigantescos oficiales de arqueros, de chambelanes, de mayordomos, de prelados, de encanecidos curiales, de pajes rubios y brillantes, de consejeros y alcaldes de Pinerolo vestidos de luto, de capitanes de la milicia, de palafreneros armados de espadas y puñales; una muchedumbre compacta, majestuosa y lenta, con anchos sombreros de fieltro, largas plumas negras, holgadas casacas de luto, con aspecto austero y guerrero, como calcado en la naturaleza de su Príncipe, y que mejor parecían venir á una batalla ó á un juicio solemne que á una fiesta triunfal.



Este nuevo y bellissimo espectáculo, tras el cual se distinguía otro bosque de lanzas y de cascos blanqueados por la nieve, no atrajo una sola mirada de Evelina. La grande y misteriosa figura del Duque, arrastraba tras sí todas las facultades de su alma.

En el momento en que el pálio pasaba ante el balcon y que un nuevo y espantoso estallido de gritos hacía temblar la plaza y palidecer los rostros, la muchacha, como presa de vértigo entusiasta y audaz, levantando sobre la baranda la corona que había estado oprimiendo hasta entonces con su mano, como en freno de acero, la arrojó al aire de golpe, estendiendo convulsivamente el brazo, con más violencia de la que ella quería.

La corona, pasando por encima de los arcabuceros, vino á caer al lado del Duque, quedando enristrada, balanceándose en la torcida vaina de su espada. Entonces esperiméntó como el sentimiento de prodigioso sueño. La muchedumbre aplaudió la puntería; el Duque, dirigiendo una mirada á su espada, levantó la cabeza hácia el balcon.

El caballo hizo en aquel instante un vivo movimiento y Evelina vió las fulgurantes pupilas de Manuel Filiberto, fijas por un momento en las suyas.

No fué más que un momento, pero bastaba. El cortejo, la muchedumbre y las casas se confundieron ante sus ojos; las rodillas le flaquearon y cayó en brazos de su madre.





Deprisa, fué conducida adentro, colocada sobre una silla y rociada con agua. Volvió en sí inmediatamente; se conmovió, se avergonzó, pidió perdón, sonrió,—hizo señas para que volvieran todos al balcon y á las ventanas,—desaparecieron todos y quedó sola.

Entonces se operó una extraña, pero natural revolucion en su alma. Desvanecido el último resto de alegría que la había sostenido, fué presa, casi de repente, de un gran sobresalto, como si aquella emocion sublime hubiera sido el fin de un sueño, el día más feliz y el último día feliz de su existencia; como si apagado aquel supremo deseo que había sido el sosten y el alimento de toda su juventud, no quedase otro objeto á su vida. Le parecía haber sido precipitada de una gran altura y que se encontraba en terrible soledad. Vió, como á la fugitiva luz de un relámpago, su porvenir vacío y triste, una interminable sucesion de días grises y fríos; la madre

muerta, la casa solitaria, su cuartito pobre y triste, y ella, sentada en un ángulo, sola, envejecida, sin familia, sin esperanza, sin amor. Y mientras su corazon se henchía de inmensa amargura y el llanto oprimía su garganta, nuevo pensamiento doloroso, intolerable, atravesó rápidamente aquellos pensamientos:—¡Benavides iba á partir dentro de pocas horas!

El presentimiento de la tristeza mortal del día siguiente, dió la última despiadada sacudida á su pobre corazon: inclinó la cabeza sobre el pecho, cubrióse el rostro con las mano y dejó escapar, en silencio, oleada ardiente de llanto.

En aquel mismo momento, una voz extraña, violenta, dura, trémula de dolor y de despecho, gritó á su oído:

—Pero, ¡vos *amais* á vuestro Príncipe!

Evelina se puso en pié; vió á Benavides pálido, con los ojos encendidos, todo lo comprendió y un grito sofocado de amor loco y de alegría infinita se escapó de sus entrañas:—¡Enrique!

Era uno de esos gritos que en un instante revelan la historia de un alma y no dejan lugar á duda alguna.

Benavides permaneció por un momento mudo y como presa de un sueño.



—¡Oh! ¡Querida, hermosa, noble, adorada criatura!—gritó despues, cogiendo y besándole furiosamente las manos.—¡Amor mío! ¡Evelina mía!—Arrancó con fuerza del sombrero el anillo de su madre, destrozando la cinta y la pluma, lo colocó convulsivamente en el dedo de la muchacha, volvió á tomarla de las manos, la atrajo consigo á la ventana donde estaban los niños, y besándola la muñeca, la palma, los dedos, anhelante, con voz entrecortada, indicando con un gesto el cortejo lejano:—Amalo... —dijo sonriendo,—ámalo siempre; lo amaremos los dos, porque á tí te ha devuelto la patria, y á mí... á mí me ha dado tu corazón.

Evelina quiso contestar, pero los sollozos detenian la voz en su garganta.

Llegado en aquel momento al fondo de la plaza, á punto de desaparecer por la callejuela que conduce á Puerta de Francia, Manuel Filiberto volvió el caballo hácia la muchedumbre, levantóse majestuosamente sobre los estribos, y con actitud vigorosa y soberbia, agitó tres veces en el aire su emplumado sombrero.

Aquel poético saludo pareció á los dos jóvenes un buen augurio que el Duque enviaba á su noble amor nacido bajo el sol de su gloria, y á la trémula multitud solemne voz de mando dirigida á sus súbditos y

á las generaciones venideras, como si hubiera querido decir:

—¡Las puertas de Italia son nuestras! ¡Manuel Filiberto os las confía! ¡Defendedlas!

